

bre.
17

PACIFICO

MAGAZINE

PRECI
UN PES



Una mañana en el Matadero Modelo

Cómo se trabaja y cómo se administra

Por _____

Manuel Rojas

Con ilustraciones fotográficas

La llegada

¡Ah! ¡Ah! ¡Uy! ¡Uy! ¡Uy!

Y entre una nube de tierra, animados por gritos, imprecaciones y silbidos; acosados por los perros, empujados por los caballos, cruzados por latigazos; atropellándose, saltando, apretados; balando o mugiendo, los animales, en piños grandes o pequeños, llenos de polvo, cansados, llegan a la puerta de los corrales de encierra. Hay un rápido galopar de caballos, ladridos de perros y gritos de muchachos, y la tropilla se detiene junto a la puerta. Huasos de a caballo, chiquillos y peones de a pie—sucios y descalzos—animan a los animales que retroceden y no quieren entrar.

¡Uy! ¡Uy! ¡Ah! ¡Ah!

Y entran. Hay un extenso corral con dos puertas: por una van entrando los cerdos, ovejas y cerdos; por la otra, dando un largo rodeo, los bueyes, toros, vacas y novillos entran a un corral pequeño.

Pesaje

Avanzan los cerdos. Diez, veinte, cincuenta, más. Se abre una puerta. Vuelven los gritos y las imprecaciones sonoras o guturales. Los cerdos, en pequeños números, van entrando a la romana. Se cierra la puerta. El peón que trae los animales grita el número de ellos y el nombre de su dueño. Frente a la romana hay una oficina, en la que un empleado municipal fija el peso de las reses. La Municipalidad cobra 0.45 centavos por cada cien kilos. El empleado anota el peso total y entrega al peón una boleta en la cual va indicado el número de kilos. Con ella debe hacerse el pago de los derechos muni-

cipales. Una puerta, que por medio de un sencillo mecanismo se abre a ambos lados, deja pasar los animales. Se repiten los gritos:

¡Uy! ¡Uy! ¡Ah!

Y cayendo, gruñendo y levantándose, por un callejón que se abre entre los corrales de encierra del ganado mayor y una pequeña muralla con rejas, van los cerdos, dando un largo rodeo, hacia sus respectivos corrales. La puerta, mientras tanto, se cierra para pesarse un piño de corderos y ovejas.

Blancos y oscuros, marcados con manchas rojas, saltando, montándose unos encima de otros, entran los corderos al pesaje. Se repite la misma operación. Después viene el ganado mayor. Cansados, traídos de la Legua o de otras partes lejanas, con las lenguas colgantes—de donde penden largos hilos de espuma—entran a la romana. Se pesan aparte. Vacas, toros y novillos, se pesan por orden, clasificados. Pasan. Y desde las dos hasta las cinco, en la tarde, esta operación se repite diariamente.

Animales enfermos

Frente a la romana—al lado contrario de la oficina del empleado municipal—los doctores, desde una plataforma, mientras los animales están en el pesaje, los van examinando. Cuando un animal presente síntomas de estar enfermo, es retirado y llevado a un pequeño corral, anexo a un pabellón llamado Hospital. El dueño hace matar la res. Al otro día el doctor la examina. Si el animal está efectivamente enfermo, su carne es enviada a otro pabellón llamado de "Destrucción de carnes". En él, por medio de máquinas crematorias, es reducida a un



residuo que luego se vende como abono. La cifra de animales enfermos no varía el 3%. Tuberculosis, carbunco, grano, y otras enfermedades, atacan a los diferentes animales, haciendo peligroso el consumo de sus carnes.

EL TRABAJO DE LA MAÑANA..

Aspecto

En la mañana, en las primeras horas, el Matadero no presenta ningún carácter particular. No se sienten ruidos. La puerta antigua, las murallas patinadas por los años, el sol y la lluvia, el techo hecho de tejas y la forma total del edificio, dan una impresión de casa antigua. Cree uno que entrando, va a encontrar un ambiente de siglo dieciochesco. La impresión total es la misma que produciría una gran fábrica silenciosa. Solamente se oye, de rato en rato y lejanamente, el gruñir desesperado de un chanchito o el balido de una oveja a quien degüellan.

La vega

Al lado derecho de la entrada, unos treinta metros más allá de la entrada, hay una

gran vega que tiene casi una cuadra de largo y unos quince o veinte metros de ancho. Esta vega, inaugurada hace diez meses, es una concesión que la I. Municipalidad hizo a los señores Alfredo Ovalle y Carlos Roselot. Esta concesión tiene un plazo de diez años; pasado este tiempo pasará a ser propiedad municipal. Por ahora la Municipalidad percibe el 30 por ciento de las entradas totales.

Desde la puerta se empieza a percibir — claramente— el pregón de los vendedores y el murmullo de la gente que circula comprando. Afuera, al lado derecho de la vega, hay numerosos puestos de cocinería que sirven al público y a los trabajadores.

La vega, construida de material liviano, tiene varias puertas de entrada y de salida. A ambos lados hay carnicerías y en el centro verdulerías.

Departamentos de trabajo

Más allá de la vega, franqueando una puerta guardada por un empleado municipal, se encuentran los primeros departamentos de trabajo. A derecha e izquierda están los corrales donde se trabajan los cor-

deros y los cerdos, ovejas y terneros. Al fondo, siguiendo la línea de la puerta, se divisan los nuevos edificios destinados a la matanza del ganado mayor y a la sala de venta. Al lado derecho hay un departamento dedicado al trabajo de las "patas" y las "guatas". Este trabajo, cuya realización se lleva a cabo por los pequeños capitalistas, se hace de la siguiente manera: el interesado compra a los dueños de animales las patas y las guatas que resulten de la matanza, las llevan a este departamento y en grandes fondos se las cuece, para luego expenderlas a la venta pública. Por este departamento—y por el trabajo que en él se realiza—la Municipalidad no percibe ninguna ganancia.

Los corrales donde se "voltean" los corderos, ovejas y cerdos, son viejos. Los edificios destinados a ese trabajo están aún inconclusos o sin principiar. La falta de dinero ha hecho imposible la terminación de un departamento para cerdos que permanece a medio hacer.

Corderos

Encerrados en pequeños corrales—vestigios del viejo Matadero—en números re-

gulares, los corderos esperan tranquilamente su última hora. Los corderos mueren sin un grito. Traído de una pata, hacia el patio, se les hecha la cabeza hacia atrás y el cuchillo se hunde entre la lana buscando las venas del cuello; se abre un ancho tajo, salta, a borbotones, la sangre, una mujer con un lavatorio o cualquier otro utensilio, recibe la sangre y la echa a un tarro. Un cordero de menos. Por medio de un fuelle se les infla, se les descuera y quedan, después, colgando entre otros más.

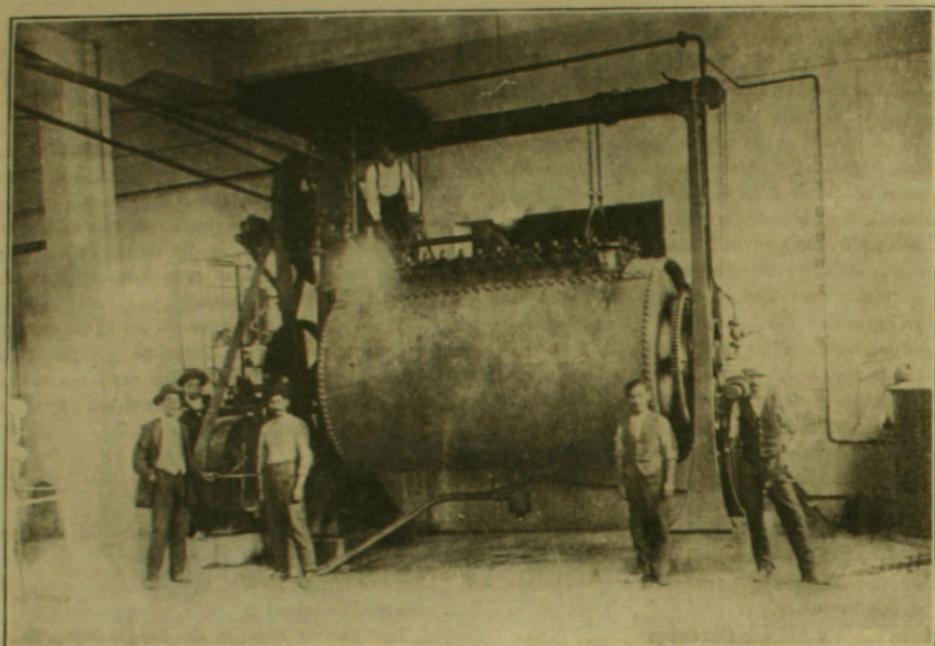
Y así, entre las risas de los "cuadrinos", el relumbrar de las cuchillas y el sonar inquietante de los astiles, los corderos se van, de uno en uno, quedando colgados al sol, abiertos y desangrados.

Cerdos

El departamento de los cerdos es el más pequeño. Está en un rincón del corral de los corderos. Desde aquí se les oye gruñir desesperadamente.

Lor cerdos mueren de una manera brutal. Una persona no acostumbrada a esta clase de espectáculos, puede sufrir un ataque a los nervios. Encerrados en corrales idénti-





cos a los de los corderos, pasan sus últimos minutos. Afuera, en el patio, dos "cuadrinos" trabajan. Al lado de una acequia que pasa arrastrando un o'or horrible de descomposición, hay una larga hilera de chanchos muertos. Todos tienen en el pezcuezo, en dirección al corazón, un anecho boquete rojo de donde mana un hilo de sangre y agua. Pegados a las murallas hay grandes fondos con agua caliente donde los trabajadores sumergen a los cerdos, para proceder luego al raspaje de las cerdas.

Para beneficiar los cerdos se procede de la siguiente terrible manera. Un peón entra al recinto donde se guardan. Con gritos y alidos, anima a los cerdos a salir. Ellos, como si persistieran, se niegan; hay algunos que sólo se les puede sacar con lazos. Un paso más allá de la puerta de entrada, afirmado en las piernas macizas, los dos brazos unidos en un gesto de esfuerzo mutuo, con todos los músculos recogidos, un "cuadrino—sonriendo—espera la salida de los cerdos. Esta gente posee gran fuerza. Hay que imaginarse, pues, la desastrosa obra que, en la cabeza de los chanchos, hará un garrote de palo, cuya extremidad tiene como diez centímetros de diámetro, al ser mane-

jado por uno de estos robustos trabajadores. El cerdo avanza hacia afuera, el cuadrino lo mira buscando el movimiento que le entregue al chanchito más firmemente, los músculos se hinchan más y un golpe brutal hace rodar al chanchito sobre el pavimento. Hay algunos que gritan como un niño, otros gruñen sordamente, los más quedan inmóviles. Cuando un cuadrino da un golpe en falso recibe de sus compañeros un verdadero diluvio de ironías y de broma:

—¡Echen esa niña pa juera! ¡El chanchito le va a pegar! ¡Anda a tomar leche!

Cuando el chanchito ha caído, un cuadrino lo degüella y una mujer recoge la sangre.

Sala de venta

Más allá del departamento de los corderos y cerdos, franqueando una nueva puerta, encuentran los grandes edificios nuevos. Mientras vamos caminando hacia ellos percibimos, cada vez más claramente, el murmullo del trabajo. Largos mugidos de toros, sonar de hierros, choques de ruedas, afilar de cuchillos, gritos y carcajadas llenan el ambiente de una fiebre de fuerza.

El primer edificio es amplísimo. Tiene una

larga extensión, de cien o más metros, un sinnúmero de puertas y está cruzado por una verdadera red de rieles aéreos. Está destinado a las ventas de la carne. Adentro se siente más intensamente la fiebre del trabajo. Pasan, tirando de las patas a animales muertos, mocetones casi desnudos; algunos de ellos son verdaderos y hermosos modelos de estatuaria. Gritan:

—¡Hacerse un lao! ¡Hacerse un lao, que los mancho!

Otros inclinados bajo el peso de un cuarto de animal, pasan cimbrando los cuerpos musculosos, chorreantes de sangre los brazos donde se advierte el vigor del esfuerzo. De repente, parece que fueran a caer bajo el enorme peso, sin embargo, dejado el cuarto en los ganchos, vuelven, sonriendo, en busca de nueva carga.

Afuera se siente un verdadero infierno de ruidos. Es

El patio de voltear

Salimos de la sala de ventas. Afuera, en el patio del ganado mayor, el movimiento y la animación es tal que al principio es imposible fijar la mirada sobre algo firme... Pa-

san peones con angarillas, unos tiran de reses descuartizadas que ruedan sonoramente sobre las ruedecillas del ferrocarril aéreo. Otros lavan carnes, aquel descuartiza un animal. Y en medio de esto ir y venir de la gente resuenan gritos, carcajadas, voces de mando y sonar de cuchillas que corren sobre la de gadez inquietante de los astiles. Todo el mundo habla a gritos. El agua y la sangre corren por todos lados, manchando de rojo y blanco los trajes de los trabajadores y el cuerpo de las reses muertas. Nadie descansa. Es una bulla infernal. Sin embargo, fijando un poco la atención, se advierte que cada uno realiza una labor distinta, que cada cual cumple su obligación a conciencia. Es un orden extraño el que reina en medio de aquel desorden.

Trabajo de las reses

El patio donde se voltea el ganado mayor tiene la misma extensión que la sala de ventas. Es un poco más ancho. Consta de dos veredas, una angosta y otra ancha, y una calle que la divide. La pared está llena de pequeñas puertas que dan a los corrales de





encierro de los toros, vacas, bueyes y novillos. Son, en total, veinte puertas al lado de cada cual hay una púleta y una llave de agua.

Cuando un maestro ordena traer un animal, un peón, armado de un lazo, arma terrible para los animales, entra al corral correspondiente. En él, los animales esperan su fin. ¡Lo presienten! Mirándolos eremos sordamente, sacando la cabeza por entre las rejas de la puerta de entrada. El peón grita:

—¡Ah! ¡Ah!

Y todos giran, escondiéndose. El peón traza con el brazo un círculo en el aire, estira el brazo, silba el lazo y un animal se siente cogido de los cuernos. Baja la cabeza y la sacude, como queriendo librarse de ese terrible abrazo, que a cada tirón se estrecha más. Luego, sigue al peón que sale y enrolla el lazo en un fierro. El animal, receloso, se niega a salir, pero el fierro gira, tirándolo hacia afuera y la cabeza del animal aparece en el patio. Hay una verdadera explosión de júbilo. Uno afila la cuchilla, otro tira del lazo y otro arroja baldes de agua sobre el pavimento de baldosas. La res

en el piso resbaladizo, resbala y cae. Hay una nueva explosión de risas y gritos:

—¡Ah, vaca vieja!

El animal agacha la cabeza, aturdido por el ruido. Un cuadrino se acerca a la res. Estira el brazo—un brazo dibujado a venas y torneado a músculos—en cuya mano aprieta, fuertemente, un “punto”—arma terrible de 25 centímetros de largo, terminada en ancho filo—lo levanta, elige el sitio y el punto se hunde hasta la mitad en la nuca de la res. Esta abre la boca, exhala un mugido temeroso y cae sobre las baldosas. Si el golpe no ha sido suficiente se le da otro. El animal se estira, dilata los ojos secos y vidriosos y tiritita. Muere. Entre risas y bromas un cuadrino afila la cuchilla, afirma el pie desnudo en el hocico de la res, lo empuja hacia atrás y el cuchillo hace un tajo desde la boca al pecho. Luego el tajo se ahonda, se abre un boquete sangriento y la mano—armada de la cuchil’a—se hunde hacia el pecho buscando el corazón, lo encuentra y un borbotón de sangre roja y humeante sale de la herida.

Luego de muerta se procede a abrirla. La cuchilla, siguiendo una línea recta desde el

hocico hasta la cola, abre al animal. Aparece el estómago, el corazón y los demás órganos vitales. Hay un afilar de cuchillos y el cuero se va despegando de la carne. Cuando se ha hecho todo el trabajo que es posible hacer estando la res en el suelo, se baja un aparato llamado "horca" y se levanta la res. Subida hasta un sitio conveniente se procede a abrirla completamente, luego se parte en dos pedazos y por medio del ferrocarril aéreo se la lleva hasta la sala de ventas.

Este mismo trabajo se repite en veinte partes a vez, desde las cinco de la mañana hasta la una de la tarde.

Reformas en el trabajo

El antiguo procedimiento de trabajo ha desaparecido completamente. Antaño todo se hacía a fuerza. Hoy día con el nuevo sistema, más cómodo y más simple, se ahorran energías y se economizan fuerzas. El trabajador solo hace la labor imposible de hacer a máquina. Además, este nuevo sistema, ha traído una considerable reducción de personal; antiguamente se ocupaban en el Mata-

dero un número de 800 trabajadores y con el nuevo sistema esa suma ha llegado a ser de 300. Toda la carne se lleva sobre ruedas; del patio, por medio del ferrocarril aéreo, es llevada a la sala de ventas; de ahí se la carga en carros eléctricos que la llevan al mercado.

Transporte de carnes

La Municipalidad ha facilitado, para esta operación, un servicio de tranvías eléctricos que sale del Matadero y llega hasta el Mercado. Por este servicio, la Municipalidad no percibe ninguna ganancia. Es una ganga de que sólo disfrutan los compradores.

Anima'es sacrificados

En la posibilidad de fijar, a ojo de buen varón la cantidad de reses que se voltean en el Matadero, nos apersonamos al administrador del establecimiento. Este caballero nos recibió atentamente y nos mostró las estadísticas. Como ellas son muy largas, preferi





mos publicar un total comprendido desde el Lo de enero hasta el 31 de junio de 1917:

Bueyes.	8,142
Novillos.	9,615
Vacas.	34,614
Terneros.	5,171
Ovejas.	17,891
Corderos.	107,980
Cabros.	2,941
Cerdos.	27,056
Caballares.	71
Asnales.	3

Que, resumidos en total, dan el siguiente número de kilos:

Bovinos.	23,346,100
Ovinos.	3,977,100
Caprinos.	81,700
Porcinos.	2,420,500
Equinos.	23,200

Por todos estos kilos, que en total son 29,848,500, la Municipalidad ha recibido por derechos, a 45 centavos cada cien kilos, la cantidad de \$ 134,318.25.

En este mes desde el 1 al 9, el número de animales ha sido el siguiente:

Vacunos.	2,617
Ovejunos.	4,669
Cerdos.	1,271

El precio de la carne oscila entre \$ 1.08 y 1.20. Cuando el número de reses muertas aumenta, la carne baja de precio y si el número disminuye, el precio sube.

Parte administrativa

Juzgado. Médicos. Empleados. Antiguos y nuevos proyectos. Con el señor administrador.

Juzgado

La Municipalidad ha instalado, en el recinto del Matadero, un juzgado, el cual es atendido por el juez don Malcom MacIver y el secretario señor Guillermo Zegers. Este juzgado se ocupa de ventilar los pleitos suscitados dentro del Matadero, siempre que las cantidades no pasen de la suma de \$ 300.

Si ellos son superiores a esta suma los pleitos son llevados a vista del juzgado mayor.

Cuerpo médico

El Matadero Modelo posee un cuerpo de doctores y veterinarios formado por los señores: don Arsenio Popen, don Francisco Lázaro Guerra, don Enrique Valenzuela y don Víctor Valenzuela.

La labor de este cuerpo médico está comprendida dentro del examen de los animales enfermos. Ellos dietaminan para saber si un animal puede ser puesto a la venta o retirado y destruido. En cada patio de trabajo hay uno o dos doctores que examinan todos los órganos vitales de los animales que se veían. Si alguno de ellos presenta síntomas de enfermedad es retirado. Como se ve, la labor de este cuerpo de médicos es importante y delicada.

Empleados

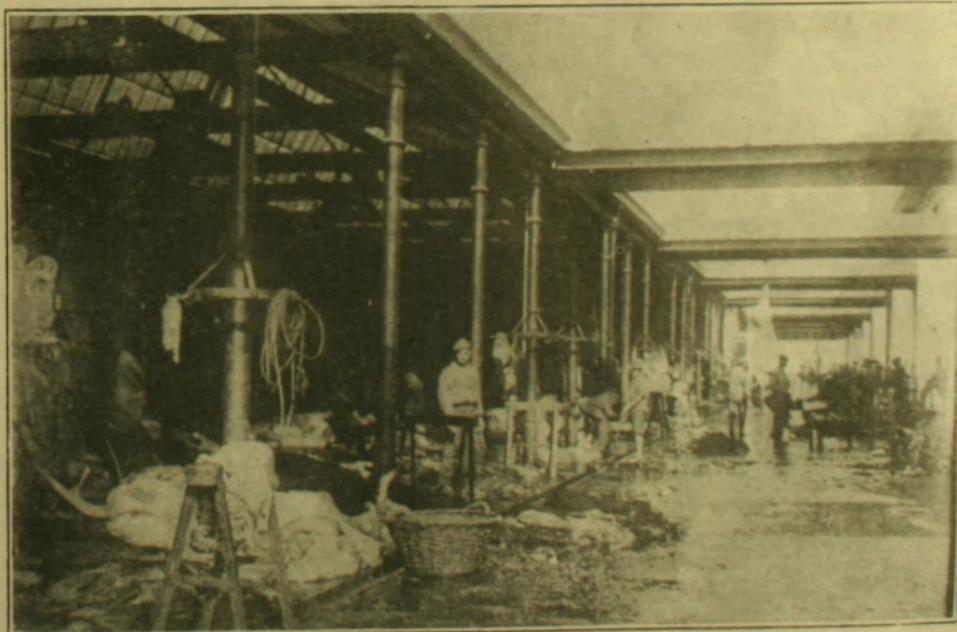
El servicio de empleados que la Municipalidad mantiene en el Matadero para cuidar su funcionamiento y vigilar las diversas operaciones que en él se llevan a cabo consta

de: un administrador, un sub-administrador, porteros, guardias, etc., etc.

Estos últimos—que no son muchos—cuidan en el interior la salida de las puertas, el pesaje de los animales, la entrada de vehículos, la higiene de los diversos departamentos de trabajo y la libre circulación de las personas; vigilan el cumplimiento de las disposiciones de la Municipalidad, el orden y la corrección de los trabajadores y todo lo demás relacionado con el buen funcionamiento de ese importante establecimiento. Como su número es escaso, hacen un trabajo de turnos que les hace más liviana su labor. El que en la mañana estuvo a cargo de las puertas de entrada, en la tarde cuidará la sala de ventas o el pesaje; de esta manera el trabajo se simplifica.

Antiguos y nuevos proyectos

El Matadero Modelo fué entregado al servicio público el año 1914. Tiene, pues, tres años de existencia. El proyecto que contiene las líneas generales de su construcción no ha sido cumplido completamente debido a falta de fondos. Y es así, como, al lado de la magnífica y amplia sala de ventas, al la



do del bien cuidado patio donde se voltea el ganado mayor, al lado del ordenado departamento de "patas y guatas", se ve—como feo contraste—el corral dedicado a la matanza de los corderos y cerdos y el mal servicio de acequias de desagüe, cuyas aguas, que arrastran los desperdicios del trabajo, van a desembocar al Zanjón de la Aguada. la hilera de piezas destinadas a los empleados y los viejos edificios de la administración y del juzgado.

En el proyecto se registran tres departamentos, iguales a los construídos, de los cuales uno está inconcluso y los demás sin principiar. Además hay, en el mismo proyecto una cláusula que autoriza la construcción de un restaurant que será destinado al servicio público y privado. Las paredes que forman el frente del Matadero serán derribadas y en su lugar se alzarán puestos de carnicería que se regirán por disposiciones municipales.

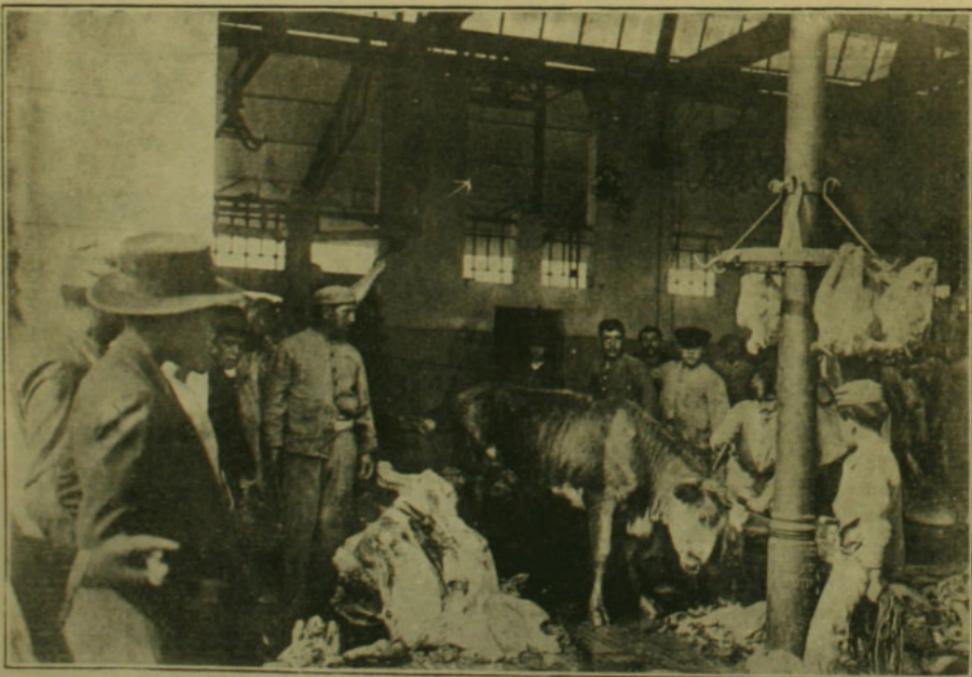
Con el señor: administrador

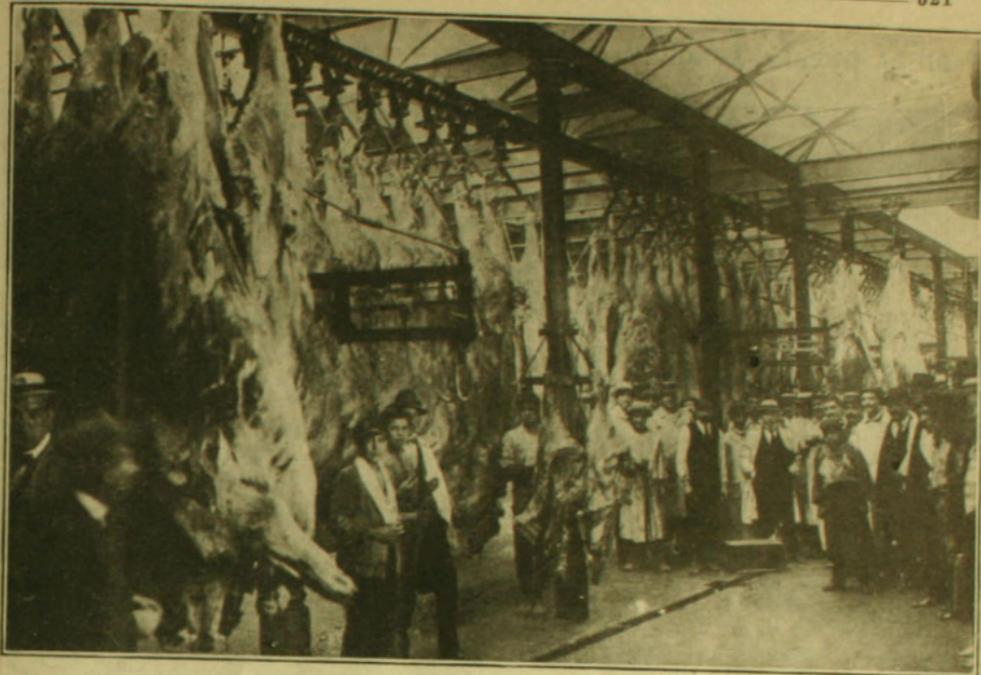
Nuestra última visita fué al señor administrador, don Vicente Navarrete Maturana.

El señor Navarrete es un caballero ya entrado en edad, robusto, de hablar reposado y ademanes tranquilos. Su larga actuación como administrador del Matadero le acredita como una persona inteligente y capacitada para desempeñar un puesto difícil, como es el de él, donde hay que marehar bien con los trabajadores, con los patrones y con la Municipalidad. Gracias a la bondad de su carácter y a la rectitud de sus procedimientos ha logrado formarse un ambiente de cariño y de gratitud.

Interrogado por nosotros, sobre su labor entre los trabajadores, nos contestó afablemente:

—Yo creo que esta gente me respeta, aún más, que me quieren. Vea Ud. Cuando yo entré aquí en 1908, esto era un infierno. Los cuadrinos se acuchillaban, que daba gusto. No había día sin pelea, Nadie podía entrar a los corrales; si era un hombre lo recibían a insultos, si una mujer a palabras groseras. Ahora Ud. entra para dentro y no oye ninguna expresión mala, ni un insulto, ni un juramento de esos que gasta nuestro pueblo, al contrario se respeta a los visitantes. No hay peleas. No se ven borrachos.





—¿Y cómo ha conseguido Ud. esta regeneración?, le preguntamos.

—Se lo voy a decir. Cuando un trabajador comete una falta, llega borracho o pelea, yo lo llamo a mi despacho. Lo hago tomar asiento y le doy una verdadera conferencia. En ella le explico y le demuestro los malos efectos de su falta, la mala impresión que produce, le digo que no debe ser así, que debe ser, para su bien, de esta otra manera. Después de esto le notifico el castigo: diez o quince días suspendido. Al cabo de dos o tres días, viene a verme, me pide consentimiento para volver a trabajar, yo se lo doy y quedamos mutuamente satisfechos: yo por haber hecho una buena obra y él por haber recibido una buena lección.

—¿Cuál es el carácter de vida de esta gente?, inquirimos.

—Son muy bebedores. El placer de ellos—después de la salida del trabajo—ir a beber. Y luego, estando ebrios, suceden los hechos de sangre. Le voy a contar un caso que demuestra claramente el espíritu de esta gente.

Cierta vez, dos cuadrinos se disgustaron.

Uno de ellos, aprovechando un descuido del otro, le hundió una cuchilla por el hombro hasta el pulmón. El herido llegó a mi oficina. Yo lo atendí. Después, lo llevaron al hospital. Murió en la noche. Durante todo ese tiempo no quiso confesar quién había sido su agresor, esperando salir para vengarse. Hoy día no sucede ningún hecho de sangre.

—En una de sus últimas sesiones, la Ilustre Municipalidad, acordó instalar en el Matadero una sucursal de la Caja de Ahorros. Yo empezaré a hacer una campaña—valiéndome de diferentes medios— para que los trabajadores coloquen sus ahorros en la Caja. Espero poder conseguir esto, así como he conseguido lo demás, terminó el señor administrador.

Satisfechos con los datos proporcionados por el señor Navarrete, nos despedimos agradeciéndole su amabilidad.

Desde el recinto de la encierra llegaban, claramente, los:

¡Uy! ¡Uy! ¡Ah!

De los arrieros, los ladridos de los perros y los sonoros gritos de los muchachos.

